

2. Adónde nos lleva la Sangre

Cuando reflexionamos sobre cómo vivir nuestro carisma en el futuro, tenemos que comenzar por el mundo en el que vivimos y ver qué le dice nuestro carisma, y no al revés. Es decir, no tratamos de encajar el mundo en la espiritualidad de la Preciosa Sangre, sino que más bien nos preguntamos cuál es la palabra fiel y profética que una espiritualidad de la Preciosa Sangre tal como nosotros la entendemos puede comunicar al mundo. Me parece que ésta tiene que ser una tarea permanente de nuestro discernimiento. Lo que supone que la formulación de nuestro carisma variará de una época a otra y de un lugar a otro. Lo cual no debe ser considerado como una fractura de nuestra espiritualidad, sino más bien como un posible enriquecimiento. Piénsese, por ejemplo, en lo que ha significado el testimonio profético de nuestros hermanos y hermanas en América Latina y en Liberia para la comprensión de nuestra vocación y espiritualidad en América del Norte. O en lo que nos ha enseñado el ministerio reparador del Carmelo de la Preciosa Sangre de Dachau sobre el misterio de la sangre de Cristo. Un carisma auténtico es el que sigue evolucionando en función de los desafíos que plantean los nuevos tiempos y lugares. Personalmente, estoy convencido de que nuestro carisma tiene la capacidad de hacer frente a los desafíos que nos puede deparar el tercer milenio ya próximo. Nuestro reto, pues, no consiste en determinar de una vez para siempre el significado de nuestro carisma, sino en estar en una búsqueda permanente de su mensaje para los tiempos y lugares en los que nos encontremos.

Creo que el mundo hacia el cual vamos yendo nos pide que enfoquemos los recursos de nuestro carisma de tres formas, a saber: centrando nuestra atención en la formación de comunidades; realizando un ministerio de reconciliación; y celebrando la Eucaristía de una manera renovada.

Estamos llamados a concentrarnos en la formación de comunidades a causa de los desafíos que plantea a la comunidad el mundo de hoy y de mañana, y porque hay voces que han estado excluidas durante mucho tiempo y tienen que ser escuchadas y atendidas. Ya se han indicado algunas de las amenazas a las que se ve expuesta la comunidad: divisiones generacionales, divisiones culturales dentro de la misma ciudad o nación, disfuncionalidad de algunas de nuestras familias. Necesitamos, además, escuchar voces que han estado excluidas demasiado frecuentemente: la de la mujer silenciada o ignorada durante tanto tiempo; la de los recién llegados que hablan con un acento extraño para nosotros, y la de aquéllos cuya existencia no queremos aceptar, como los homosexuales, los minusválidos.

Pero nuestra tarea no consiste sólo en ser acogedores. Entre nosotros mismos tenemos que crear comunidades con una identidad clara y vibrante. Aquí tenemos mucho que hacer para superar la mentalidad de los años sesenta en los que se suponía que la de-construcción de las comunidades restrictivas y disfuncionales (aunque entonces no se usaban estas palabras) abriría el paso a nuevas formas de comunidad. ¿Han aparecido esas formas nuevas? ¿En qué medida no hemos sido simplemente arrastrados por las fuerzas poderosas del individualismo de la cultura? En el caso de mi Congregación, es interesante cómo nuestros Compañeros sacan muchas veces la cuestión de la identidad. Lo que demuestra que no tienen claro el sentido de pertenencia, ni saben a qué se han asociado. Ello lleva a que, aún cuando las tres provincias de los Estados Unidos cuentan con muchos Compañeros, éstos no puedan articular una identidad precisa. Lo mismo podría valer para los candidatos que quieren engrosar nuestras filas como hermanos y hermanas. La búsqueda intensa de comunidad, que probablemente caracterizará nuestro futuro a largo plazo, constituye también para nosotros la exigencia de profundizar nuestro propio sentido de identidad.

En segundo lugar, estamos llamados a concentrar los recursos de nuestro carisma en el ministerio de la reconciliación. En algunos lugares como Liberia, Chile o Guatemala, se ve con bastante claridad lo que hay que hacer. En nuestro ambiente ello implica ir a los que son víctimas de abusos, a los que

están marginados de la Iglesia, a las víctimas del racismo, y a las familias desgarradas por el divorcio y los conflictos. La reconciliación es un ministerio que no se puede tomar a la ligera y, en el mejor de los casos, nosotros no somos más que agentes de la obra reconciliadora de Dios, 'embajadores de Cristo', como dice S. Pablo. Pero en un mundo desgarrado de tantas formas, no cabe duda de que éste es un ministerio al que nuestro carisma nos llama. Es un ministerio complejo: supone aprender a decir la verdad en medio de una maraña de mentiras. Supone escuchar y volver a escuchar historias reales de vidas quebrantadas, hasta que esas historias reales y esas vidas puedan ir sanando. Implica ayudar a ver cómo Dios restaura lo que se ha roto o perdido en la vida de uno.

En tercer lugar, tenemos que aprender a celebrar la Eucaristía en una forma renovada. David Power, en un libro publicado el año pasado dice que al final del siglo XX celebramos la Eucaristía en medio de las ruinas de nuestras visiones optimistas del progreso, de los holocaustos y genocidios, del colapso del orden mundial. La Eucaristía ha sido siempre el punto de incandescencia de cuestiones de importancia. Hoy ese punto de incandescencia involucra el uso y el abuso del poder en la Iglesia y la exclusión de la mujer de formas de ministerio importantes. ¿Cómo celebramos la Eucaristía en un mundo en ruinas, en medio de la búsqueda intensa de comunidad, entre las grandes divisiones de nuestro mundo que clama por la reconciliación? La eucaristía supone la memoria de los sufrimientos y dolores de nuestro mundo. Una memoria explícita, para que esas historias reales puedan recogerse en la historia del sufrimiento de Cristo. Y una memoria profética, que no sólo habla del pasado sino que deja que el pasado hable al futuro y juzgue el presente. Para que la celebración de la Eucaristía intensifique la vida de nuestras comunidades tiene que ser una celebración de toda la comunidad y no sólo de los ministros que la presiden. Y debe ofrecer gratuitamente la gracia de la reconciliación de Dios, que es un don superior a cualquiera de nosotros y a cualquier cosa que hagamos.

El desafío que el tercer milenio plantea a los que nos dedicamos al servicio mediante la Sangre de Cristo puede resumirse en una sola frase: establecer relaciones. Tenemos que crear relaciones en un mundo polarizado y atomizado. Allí donde ahora predominan las relaciones desvirtuadas del abuso, la drogadicción, el racismo y la opresión. Tenemos que crear relaciones siendo agentes de la reconciliación de Dios. Creamos relaciones cuando nos esforzamos por decir la verdad. Cuando celebramos la obra redentora de Dios en Cristo que sigue redimiendo al mundo de hoy.

Para hacer todo esto fiel y eficazmente, tenemos que emplear los recursos de nuestra espiritualidad. Con objeto de crear comunidades, volvemos a mirar la sangre de la Alianza. ¿Qué significa la Alianza en esta época de relaciones provisionales, de compromisos a corto plazo, de asociaciones voluntarísticas. ¿Cuál es la alianza por la que vale la pena dar la vida? ¿Cuáles son los signos que configuran el ámbito de la alianza? Hay mucho que pensar a propósito de la alianza y de cómo la sangre de Cristo configura su contorno de sufrimiento, compromiso y pasión.

¿Cómo llegar a ser agentes de reconciliación? ¿Cómo aprender a ser veraces en medio de tantas mentiras? ¿Cómo podemos asumir la angustia de los que superan el terror de esas mentiras y el sufrimiento que han provocado? ¿Cómo podemos señalar la gracia de Dios que brota de una vida quebrantada llamándola a una nueva unidad? ¿Cómo aprendemos a 'interceder ante Dios con la sangre de Cristo', como dice la Carta a los Hebreos? ¿Cómo podemos acercar mediante la Sangre de Cristo a los que una vez estaban lejos? Una vez más, nuestro desafío consiste en buscar respuestas en la rica espiritualidad de la reconciliación.

Todo esto se manifiesta cuando celebramos la Eucaristía, cuando renovamos el gran ofrecimiento. La profundidad de nuestro compromiso con la alianza y la bondad de nuestro servicio como agentes de reconciliación se podrán ver especialmente cuando nos ofrecemos mutuamente la copa de

sufrimiento y de salvación, y cuando aceptamos los desafíos que ella nos propone. No debemos beberla para nuestra condenación, como nos advierte el Apóstol, sino para nuestra salvación.

Crear relaciones en un mundo de relaciones falseadas o inexistentes. El desafío es bastante claro. Para ello contamos con los recursos poderosos de la espiritualidad de la sangre de Cristo. La labor que nos aguarda asusta. Pero para que el mundo se reconcilie en Cristo y llegue a ser la Nueva Jerusalén se impone que pongamos nuestra parte en la construcción del reinado santo de Dios.

Ya estamos en los umbrales del nuevo milenio, y ya están presentes en medio de nosotros los desafíos que entraña. Allí está Cristo crucificado, en medio de las ruinas, 'fuera de las puertas', como se lee en la Carta a los Hebreos. Sólo podemos repetir: 'vayamos a su encuentro y carguemos los insultos que padeció'.

(Robert Schreiter, C.P.P.S., extracto de una conferencia dictada en el Segundo Congreso de la Preciosa Sangre, en St. Louis, Missouri, 2-5 de agosto de 1993).